

EL OTOÑO DE LOS POETAS

Yo no sé por qué la llegada del tiempo florido suele saludarse como fiesta de la poesía, cuando a esos raros seres que escriben versos les pinta mejor el otoño. Llega el 21 de marzo, y venga de celebraciones vernaes («Vernal, adj., perteneciente a la primavera, úsase en lenguaje poético»), mientras se silencia la entrada en la estación de las hojas del árbol caídas, que juguetes del viento son...

En primer lugar, para un romántico mejor material que el sol es la luna (el día es bello, pero la noche es sublime, sentía Kant); la tristeza, más fecunda que la alegría; más sugerente un cementerio que todo un parque en eclosión. Es verdad que no todos los poetas son de la escuela de don José Zorrilla y su tocayo Espronceda, que los hay - por pasar de un salto a la otra punta- que tienen como paradigma de su arte realista a la guía de teléfonos. Pero esto son historias para los críticos, gente que tiene la mirada fría y clasificadora como los entomólogos. Para el hombre corriente todo rimador es un romántico. Se le dice incluso a cualquier sujeto que se dé a hablar por lo fino. Y sobre las quimeras adolescentes de una cabecita femenina se diagnostica con mezcla de compasión y desdén: «¡Bah, romanticismos! »El hombre corriente suele gastarse un instinto elemental pero que no deja de tener sus fundamentos, y por esto invita y hasta apremia al poeta si hay un buen paisaje, y más si es de puesta de sol, y mucho más si es de hojas otoñales, doradas, un poco rumorosas con el viento: «Hala, hala, usted a inspirarse, que es lo suyo.»

En segundo pero importante término, considérese que octubre trae a los bardos la más alta ocasión del año: la de «colocar» con mejor fortuna a sus hijos del alma. Porque aparte la minoría apretadísima de los fieles, los puros, cuyo monte poético es orégano desde enero a diciembre, ¿quién se acuerda de acudir a escuchar versos en las tardes luminosas de abril y mayo, quién sacrificará a las musas una de esas anochecidas lentas de junio? Y qué diríamos del verano, tan dedicado al culto del cuerpo que no deja ni un agujero para el espíritu. Octubre, en cambio, como luego los meses que se avecinan, trae en sus partes meteorológicos la implícita llamada para tardes de lluvia y viento propicias a la comunicación poética. No diremos que con potentes -y costosas- trompetas, que eso queda para anunciar estufas catalíticas, pero en los casi perdidos renglones periodísticos de las «Convocatorias del día», cada ciudad -unas más que otras- convoca a sus huestes líricas para la campaña de otoño, y no sólo a quienes escriben los versos sino también a los posibles atendedores. Claro está que, no es desvelar ningún secreto si aludimos a cómo frecuentemente el censo de los que

escuchan coincide casi exactamente con la nómina de los que escriben. Ya se sabe la advertencia de rigor, casi la amenaza: «¡Si me lees, te leo!» Y uno deja que le lean, claro, con la esperanza de en igual moneda cobrarse un día.

Yo creo que en esto de las lecturas públicas de versos Madrid es una ciudad organizada, y luego habré de decir que generosa. Con una puntualidad ya consabida se han inaugurado los cursos de la Tertulia Hispanoamericana de la Editora Nacional, de Puente Cultural, del Ateneo. Quizá, también -o será de un momento a otro- lo de Amigos de Plaza Mayor en la Sala Abril... Quien quiera oír versos conoce muy bien adónde ir según el día de la semana. Y afinando un poco, algunos saben, aunque no de fijo, en qué estrados suele desgranarse la poesía no comprometida más que con ella misma, en cuales otros la de más vigoroso color... Es frecuente, a la salida de las lecturas, la polémica inacabable entre la forma y el fondo, el arte y el hombre, la estética y la ética, pero siempre queda un lugar de coincidencia para las gentes de bien, por ejemplo en la taberna próxima: unas patatillas humildes, bien picantes, que «riman» perfectamente con el vino de Alcorcón.

Lo de la generosidad «poética» de Madrid lo digo para combatir la creencia de que su cotarro sea algo cerradísimo. Hay quien se lo imagina como uno de esos bancos donde los que están sentados ensanchan sus cuerpos para no dejar sitio al que viene después, cual a veces ocurre en la ocasión menos indicada, que es la misa. La verdad es que en Madrid alivian sus granazones líricas los poetas de toda España, sin otro requisito que demostrar un mínimo nivel aceptable, y aún esta valoración se hace a veces con una comprometedora generosidad. Madrid, en esta hora de la tecnocracia, todavía es vivero propició para la extraña especie que son los poetas. No es que la capital los haga, pero si les presta la oportunidad de que la voz no se les pudra dentro, que es cosa, insana y hasta peligrosa. Recuerdo aquí el arribo, hace unos años, de Luis López Anglada, «por único equipaje, el viento provincial de la esperanza». Sin pizca de rubor, que tampoco había por qué, pedía él, exigía:

«A Madrid, por su pan, viene el poeta,
por su parte de gloria y aventura,
y después Dios dirá; si algo perdura...»

Pues he aquí que el poeta recibió la porción que demandaba. Pero lo mejor está en que él es ahora uno de los más abiertos patrocinadores de quienes siguen llegando.

Podría aquí el cronista echar la firma. Pero el cronista, que también -naturalmente- aspira de vez en cuando a colocar sus versos, va a fechar este artículo en Barcelona. Que se le permita, pues, una breve posdata.

En Barcelona hay muchos y buenos poetas, sin los cuales sería inútil cualquier antología española. Contra viento y marea, crece una colección de poesía que va ahora por el volumen cincuenta y tantos, distribuida a todo el país, pero también conocida - y honrada- en el extranjero. Hay empresas de gran empuje que dejan un sitio en sus fondos editoriales a las selecciones de poesía española. Traductores-poetas que «recrean» la obra de los de fuera...

En Barcelona puede uno buscar al compañero afín con quien hablar, promover incluso la grata -pero esporádica- reunión de un grupo, y siempre, desde luego, beneficiarse de la hospitalidad de una ciudad entre las más finas,

Pero ahora, a modo de «ruego y pregunta» (recurso que oí comentar agudamente a un popular ex procurador catalán):

En la ciudad de los congresos y exposiciones, del Liceo y sus galas, de la buena pintura, del teatro y el cine de vanguardia, del alto índice de lectores de libros, ¿podría alguien indicarme dónde, cómo, qué día fijo de la semana se puede echar la tarde a versos?

Antonio PEREIRA